

La crisis de la ciudad colonial y los nuevos recorridos urbanos: La mirada rebelde de J. J. Fernández de Lizardi

Mariana ROSETTI
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN: El presente trabajo se propone analizar la representación de la Ciudad de México que construye José Joaquín Fernández de Lizardi en su periódico *El Pensador Mexicano*, como contracara de la *ciudad letrada* (Rama, 1984). El objetivo es examinar las descripciones de esta ciudad como indicios de los cambios que acontecen en el contexto socio-político, propios de un sistema de poder sofocante y en decadencia. Para lograrlo, se abordarán escenas y diálogos del periódico a través de algunas categorías de análisis como son las de “ficciones democráticas” (Colombi), “vecino/ciudadano” (Guerra), “ciudad escrituraria/ ciudad real” (Rama), “secularización” (Lemperiére) y “secularización literaria” (Foffani).

PALABRAS CLAVE: Fernández de Lizardi - Independencia de México - Ciudad letrada - Secularización literaria - *El Pensador Mexicano*.

ABSTRACT: This work aims to analyze the México City representation on José Joaquín Fernández de Lizardi's newspaper *El Pensador Mexicano* (1812-1814) as an opposite model from the *lettered city* (Rama, 1984) and the *arcadian* (Palti, 2005). The purpose is to examine the descriptions of this city as clues of the changes that take place in the political, social and economic context of a suffocating power system with crumbling foundations. In order to do this, we will analyze scenes in the light of the concepts of “democratic fictions” (Colombi), “neighbor/citizen” (Guerra), “scriptorian city/real city” (Rama), “secularization” (Lemperiére) and “literary secularization” (Foffani).

KEYWORDS: Fernández de Lizardi - Independence of México - Lettered city - Literary secularization - *El Pensador Mexicano*.

La ciudad latinoamericana: ese espacio ordenado y enigmático

La imaginación y la planificación urbana han configurado en América Latina una relación particular, inédita. En palabras de Juan Antonio Ennis, “[...] la imaginación de la ciudad precede a la ciudad misma, su concepción supone la disposición (e imposición) de un orden en el cual, al igual que en su realización más o menos exitosa, las políticas de la lengua y las lenguas de lo político se revelan ineludibles a la hora de intentar interrogar su entramado” (Ennis, 2010: 35). Así, la ciudad hispanoamericana se construye en base a una “diglosia” que diferencia el plano físico del plano simbólico-escriturario (Rama, 1984).¹

Esta relación entre la planificación y la imaginación sobre el espacio urbano es especialmente conflictiva durante el proceso de las Independencias Hispanoamericanas. En este período el espacio urbano se ve invadido por una profusión desbordante de nuevos discursos y de voces que reclaman su lugar en el ámbito político-social, siendo la misma “[...] el espacio donde la tensión o los conflictos de la vida moderna adquieren visibilidad” (Heffes, 2008:12). Durante este momento de cambios repentinos y en algunos casos violentos, la ciudad deviene en espacio dinámico que condensa y visibiliza personas, discursos e intereses en tensión, irreconciliables ya bajo el velo totalizante del discurso colonial.

Si nos centramos en la Ciudad de México, la relación conflictiva entre el plano físico y el plano simbólico-escriturario singulariza su fundación como urbe colonial. Al respecto, Margo Glantz destaca cómo Cortés reconstruye en su memoria y plasma en sus *Cartas de relación* la ciudad de Tenochtitlán

1 Ángel Rama elabora el fenómeno de “diglosia”, entendiendo el mismo como la separación tajante entre la lengua escrita, propia del sector letrado, y la lengua popular a manos del pueblo. Este fenómeno permitiría explicar la presencia de dos lenguas en el comportamiento lingüístico de los latinoamericanos: la lengua pública, “que fue impregnada por la norma cortesana procedente de la península” y la lengua popular, es decir, “la lengua del común que, en la división estamental de la sociedad colonial, correspondía a la llamada *plebe*, un vasto conjunto desclasado [...]”. Rama (1984: 43-44).

(espacio que tanto admira, pero que deshace en pos de la construcción de una urbe “ordenada” según los parámetros imperiales) (Glantz, 1992). La ciudad mítica-sagrada se transforma por el accionar conquistador en un espacio “otro”, alienado y rehecho a través de la escritura estratégica. Este espacio urbano se ve signado por el procedimiento de la *contrahechura* que consiste en recrear en las letras (de forma desviada y “torcida”) un pasado sellado al que no se puede regresar. El carácter opresivo de la fundación simbólica de la ciudad se plasma en la figura geométrica del damero como modelo urbano universal: “El damero, por lo tanto, constituye el modelo ‘colonizador por excelencia’, y retoma el auge que tuvo con los griegos y los romanos, durante el Renacimiento, la geometría de la ciudad ideal” (Heffes, 2008: 81) (énfasis de la autora).

El concepto de *contrahechura* esgrimido por Glantz nos sirve como parámetro para analizar la fundación discursiva y problemática de la Ciudad de México: espacio signado por el desvío de la escritura en pos de un plano simbólico distanciado y anacrónico dentro del contexto independentista hispanoamericano. Desde su consolidación como ciudad colonial, México se presenta desgarrada y recosida en su interior por letrados fieles a la Metrópoli. Esta fragmentación innegable entre el universo escrito y la oralidad popular será insostenible durante el proceso independentista que habilitará la circulación y el éxito de distintos géneros menores (como lo fueron el panfleto político y los “diálogos patrióticos” -Colombi, 2009-). Los mismos actuarán como puentes entre un presente colonial en crisis y un futuro democrático y promisorio que lucha por instalarse en el espacio urbano.

Esta distancia irremediable entre el discurso letrado y la realidad urbana (entre el discurso de poder y las experiencias particulares) colisiona durante el período de decadencia de la monarquía española tras la invasión de Napoleón a España (1808). El hecho actúa como bisagra entre dos momentos históricos antitéticos como son la vida colonial y la vida autónoma. En este período la Arcadia o *arcano* (Palti, 2005)² resulta cuestionado por las distintas publicaciones (folletos, panfletos, diarios, pasquines, entre otras producciones) a cargo de los publicistas (Palti, 2008).³ Específicamente, ciertos escritores públicos critican el discurso homogéneo y desafectado que erigen los árcades al representar los conflictos económicos, políticos y sociales que atraviesa

2 Este historiador hace un uso reiterado de este concepto para dar cuenta de aquellos funcionarios y pensadores que adscribían al sistema político colonial.

3 El concepto de “publicista” es utilizado por Palti como un cambio de paradigma con respecto al modelo de escritor colonial del Antiguo Régimen. El publicista, o escritor público, se considera representante de la voz del pueblo y relaciona su escritura al compromiso político-social.

México. Ellos se concentran en singularizar y denunciar al “enemigo interno” que contribuye en sostener este aparataje opresivo.

En respuesta a los desajustes de poder (tanto internos como acaecidos en la Metrópoli), se gesta en la Ciudad de México y en algunas ciudades burguesas criollas el espacio de la “opinión pública” como tribunal de la opinión (Palti 2005: 68). Dicho “organismo popular” se constituye en el responsable de denunciar los lazos de complicidad y silenciamiento que posee el sector letrado-político (específicamente, regidores, escribanos, abogados y curas) con accionares corruptos o desmedidos. El discurso “popular”⁴, erigido por este nuevo espacio de opinión, se encarga de mostrar cómo el *sueño del orden* (Rama, 1984: 11) sobre el que se configura la ciudad se ha transformado en una pesadilla para sus habitantes. Pesadilla monstruosa que no recae principalmente sobre el “mal insurgente” (como sostenía el discurso letrado del momento), sino sobre el abuso de poder y corrupción del grupo dirigente.⁵

Para analizar el funcionamiento de este discurso multiforme dentro del espacio urbano como crítica y distanciamiento de la *ciudad letrada*, el presente trabajo analizará la producción del publicista mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi. Se hará hincapié en los diálogos que este escritor publica dentro del marco de su primer diario, *El Pensador Mexicano* (1812-1814). El objetivo es demostrar el gesto fundacional y moderno que presenta Fernández de Lizardi en su escritura al trazar nuevos caminos dentro de la Ciudad de México, plausibles de ser representados a través de “ficciones democráticas” (Colombi, 2009: 310). Su producción configura un nuevo espacio de representación, en el que se hace público (se desenmascara) el entramado de poder

4 En pos de ir creando una literatura “más democrática y popular” (Palazón Mayoral, 1995), Lizardi y otros escritores públicos recrean y configuran anécdotas y relatos populares a través del “tono” o de las “voces” de distintos sectores que se erigen como estereotipos del pueblo (se destacan entre ellos “el curioso impertinente”; la mujer engañada; el vendedor imposibilitado por los monopolistas; el esclavo que interrumpe el quehacer periodístico de Lizardi). Este proceso de enmascaramiento de la escritura de Lizardi tras la “voz popular” puede ser comparado con la utilización del registro oral del gaucho por la cultura letrada. Sobre este procedimiento retórico, sostiene Josefina Ludmer en su ensayo *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*: “La voz, el registro, aparece escrita, hipercodificada y sujeta a una serie de convenciones formales, métricas y rítmicas; pasa ella también por una institución disciplinaria, la poesía escrita, como el gaucho por el ejército, y se transforma en signo literario” (p. 23).

5 Francois Xavier-Guerra (2002) analiza de forma precisa el surgimiento del fenómeno de la opinión pública en Hispanoamérica. Este historiador destaca el quiebre del paradigma de información que se produce en el período de 1808-1814: Se rompe el esquema de publicación del Antiguo Régimen; la palabra pública deja de ser un privilegio de las autoridades y pasa a una infinidad de actores sociales, antiguos o nuevos [] la unidad moral de la Monarquía se desmorona; la unanimidad patriótica de los primeros tiempos no resiste a la irrupción política [] Años de discordia y de guerra civil [] antes que la voz de la razón, la palabra escrita es un *arma* que todos usan: los gobernantes y los gobernados, las élites y el pueblo [] *Guerra de información y guerra de valores* [] todo el espacio americano está recorrido por una infinidad de papeles públicos y privados que vanamente los contrincantes intentan controlar (383) (énfasis mío).

que sostiene la vida cotidiana de los habitantes de dicha ciudad. Este escritor se erige, así, en *lector insurgente* (Barrera Enderle, 2010) de la realidad urbana, ya que ve y hace visible las miserias y mezquindades de la ciudad, males causados por la administración corrupta de los funcionarios coloniales y por la desidia político-social de los criollos. Debido a ello, el mapa urbano es reconfigurado y actualizado por este publicista que introduce en su quehacer periodístico las tonalidades populares, sus modismos y excesos. En consecuencia, la ciudad mexicana se transforma en metáfora de la decadencia del modelo de vida colonial que está en crisis (“enfermo”) y que requiere de la atención y cuidado de todos los habitantes para su pronta recuperación. A este publicista juega el rol de “predicador cáustico” (Palazón Mayoral, 2006: 16) al diagnosticar las enfermedades sociales como vocero del modelo ético de la opinión pública.

A diferencia de la escritura elevada y elaborada de los árcades, Fernández de Lizardi no utiliza fórmulas elitistas ni una sintaxis compleja, sino que denuncia y predica con una honestidad sin miramientos. Para nuestro escritor, la fatalidad que azota a la ciudad es causada por errores humanos, por vicios y excesos. La regeneración de la misma (su cura) sólo puede lograrse a través de la educación de sus habitantes y de la denuncia de los culpables. Según el modelo ético de Fernández de Lizardi, el conocimiento de las causas del mal le permitirá al pueblo, en conjunto con sus gobernantes, tomar las medidas necesarias para erradicarlo. Este publicista insiste en que la responsabilidad política pase a manos del pueblo, que puede ahora no sólo quejarse sino procurar un cambio material en el plano jurídico-político. Para que esta instancia de responsabilidad política se active, es necesario que el pueblo conozca lo que acontece en la ciudad, tanto en sus recovecos como en sus centros de poder (como son los tribunales o despachos de jueces). Así, este escritor público hará la función de recopilador de distintas anécdotas, relatos e impresiones del manejo de poder en la ciudad. Sus artículos periodísticos jugarán con la riqueza de voces populares, con el prisma de una multiplicidad de puntos de vista para denunciar la necesidad de un cambio de vida urbano.

La multiplicidad de puntos de vista que despliega Fernández de Lizardi como un nuevo posicionamiento letrado sobre el espacio urbano, se analizará teniendo en cuenta dos condiciones prediscursivas que Monteleone liga indisolublemente con el concepto de ciudad: el espacio y la mirada (2006: 209). Como sostiene este crítico literario, ambas condiciones o postulaciones comprometen una posición de sujeto. Ellas actuarán como ejes de análisis para estudiar los cambios acaecidos en la Ciudad de México durante el período independentista. Las mismas dialogarán con el nuevo tipo de imaginación letrada que configura nuestro escritor, distanciada de la mirada homogénea y ordenadora de los centros de poder. A su vez, la mirada que construye Fernán-

dez de Lizardi se imbricará con el concepto de *secularización*, que analizan tanto Lemperière (2008) como Foffani (2010) en relación con el nuevo posicionamiento y formación del letrado moderno.

“¿Quién vive?” La ciudad pantano y su fauna peligrosa

A lo largo de los distintos “diálogos democráticos” (Colombi, 2009) que construye Fernández de Lizardi se destaca cómo el espacio urbano se ha transformado en un recinto opresivo para sus habitantes. El malestar proviene de un monopolio feroz de ciertos comerciantes y de la desidia política de los gobernantes. A ello se suma la disgregación de los criollos, concentrados en aspectos superfluos de la vida cotidiana (como en la importación de la moda europea). Así, para este publicista, el “enemigo” de la ciudad se erige sobre dos vicios: la corrupción y el egoísmo.

La mejor forma de combatir y erradicar estos males consiste en su exposición pública desde dos planos o ámbitos como son el íntimo-familiar y el extranjero-externo. Dentro del primer ámbito este publicista despliega los diálogos de Toribio y su sobrino Juanillo, el de la Muchacha y su Tata y el de la Ciega y su hija. Si bien las tres series de *diálogos entre americanos* (Colombi, 2009: 309) son indispensables para analizar la mirada familiar sobre la ciudad, el del tío con su sobrino abarca una extensión considerable en la producción de este escritor⁶ y es clave para entender la reubicación dolorosa o el despojo que han sufrido muchos criollos dentro del espacio urbano corrupto.

Las tres series de diálogos antedichos muestran el fraude que cometen determinados comerciantes al engañar la vista de sus clientes y no cumplir así las reglas del intercambio estipulado: el Tata denuncia las grandes contribuciones que debe pagar el pueblo sobre los bienes de consumo (en especial el pan); Toribio lo comprueba pesando el arroz y el chile que le obsequia su sobrino; la hija de la Ciega regresa a su hogar quebrada en sollozos por tener dinero que los comerciantes consideran fuera de circulación.⁷ En los tres casos, los familiares denuncian haber sido estafados por un sistema comercial corrupto, amparado por la ceguera administrativa-política. Juanillo le dice a su tío: “¿No se acuerda usted que le dije el jueves pasado que estos semilleros tienen la gracia de robar *a ojos vistas*?”⁸ Esta “ceguera administrativa” engendra y avala

6 El primero de dichos diálogos se publica el 7/8/1813 y el último de ellos el 21/3/1814.

7 Las fechas de publicación de estos episodios corresponden a enero de 1812, octubre de 1813 y diciembre de 1813, respectivamente.

8 Todas las citas de la obra de Lizardi corresponden al diario *El Pensador Mexicano*. Se trabajará con la edición y recopilación hecha por María Rosa Palazón Mayoral y Jacobo Chencinsky, *Obras III-*

la perdición de la ciudad y la animalización de la misma. Al respecto, la primera serie de “diálogos familiares” se configura, en el número 13 de enero de 1812, como defensa de Fernández de Lizardi frente al ataque desmedido del “terrible ejército de las mentiras” que degrada la escritura de nuestro escritor y su capacidad como periodista (110). De forma astuta, Fernández de Lizardi establece una alianza indisoluble entre la corrupción de los monopolistas y el aval de los árcades o escritores de la *ciudad letrada*. Engloba así a ambos sectores, los animaliza, al renombrarlos como *polillas* (110) que devoran todo vestigio de esperanza en la recuperación de la Ciudad de México:

El cuartel de esta gente miserable está en toda la ciudad, pero sus academias y plazas de armas son el portal, cafés y billares. Allí se juntan, se reconocen y se comunican estos incidentes comilitones; allí dan los plácemes y enhorabuena de sus conquistas; allí se adiestran en el grosero manejo de su terrible armita; allí se enseñan a tirar al blanco del marido pobre, de la doncella honesta, de la buena casada, del útil ciudadano, y, finalmente, allí ejercitan sus evoluciones y asestan, sin temor ni riesgo, sus depravados tiros contra los indefensos prójimos (112).

Lo dicho se reafirma en el “Diálogo fingido de cosas ciertas”, en el que la Muchacha confunde la palabra “monopolio” con el neologismo “mono-podrido” y le pregunta a su Tata: “¿Y esos monopodristas son animales a modo de los gorgojos, que se comen el maíz, el trigo, el frijol y todo?” (115). Este creativo neologismo pergeñado por Fernández de Lizardi posee dos funciones precisas: por un lado, aunar y homogenizar las prácticas corruptas bajo un accionar animalesco (tanto los comerciantes como los políticos se ven encerrados en ese “todo” devorador); la otra función que se destaca del comentario es la de conectar el accionar comercial-político y el espacio urbano. La ciudad se erige y pervive gracias a los recorridos que se trazan sobre sus calles. De esta forma, el accionar corrupto confecciona un mapa decadente del espacio: la podredumbre invade la grilla perfecta del “damero” colonial y contamina la vida cotidiana de sus pobladores. Al respecto, se destaca cómo Fernández de Lizardi configura una “localización” y graduación de la corrupción según la injerencia y lugar donde viva el ciudadano. Se polariza el centro de la periferia de la ciudad: a medida que el habitante se aleja del centro, la luz se disipa y las prácticas corruptas lo tiñen todo. Las palabras de Juanillo ilustran esta situación de desidia de la policía: “En las calles principales hay muchos faroles y cuidado con ellos, y en los barrios y albarradas casi obscuro [] todos pagan y contribuyen para el aseo, la limpieza y seguridad de la ciudad [] pero ya se ve, en el centro viven los señores” (194).

La cita anterior muestra a la Ciudad de México y las actividades que en ella se realizan, diferenciadas entre el centro y la periferia. Esta división de espacios estipula un recorrido particular: el paseo en coche en las zonas céntrica el “arrastradero” en las zonas periféricas.⁹ Ello implica una predisposición antitética del cuerpo para cada lugar: mientras que en el centro prevalece el resguardo del cuerpo del contacto con el exterior, en la periferia el mismo se “arrastra”, se hunde en la más desgarradora oscuridad del juego, la vagancia y la marginalidad frente a la ausencia de la ley. Ambos recorridos son criticados duramente por Lizardi, ya que observa en ellos la pérdida del ciudadano como ser útil para la comunidad. En los dos casos, este publicista denuncia el egoísmo del ser humano en pos de conformar una imagen vacía de sí, carente de sentido social.¹⁰ La ciudad se ve atravesada e invadida por otra ruta urbana llevada a cabo por muchos ciudadanos devenidos en pobres como consecuencia de la gran desproporción en la circulación de bienes. Dicho sector transita la urbe diariamente en reclamo por sus derechos y es continuamente desoído por las autoridades: “¿Cómo se podrán ver con ojos enjutos las lágrimas de tantos infelices que acosados por el hambre, desnudez y enfermedad, gimen en vano a las puertas de tanta opulencia?” (102).

Fernández de Lizardi insiste en cada número de su periódico en mostrar cómo la pobreza es causada por el exceso de vicios superfluos y por la desidia tanto del gobierno colonial como de los ciudadanos criollos. Para lograrlo recurre al género menor del diálogo, en específico y como bien lo apunta Colombi, instaura un nuevo matiz en el uso de dicho género discursivo al trabajar con *diálogos democráticos* (Colombi, 2009: 310). En ellos se equiparan los hablantes en relación a su posición social de enunciación, pues ambos pertenecen al mismo sector social y se perfilan, en muchos casos, como seguidores activos del periódico de Fernández de Lizardi.¹¹ A su vez, como señala Mariana Ozuna Castañeda (2006), en estos *diálogos patrióticos* se recurre al “diálogo socrático” que destaca la figura de uno de los enunciadores que le imparte sus

9 Con respecto a estos espacios de juego (bares donde prevalece el azar y la violencia), la novela *El Periquillo Sarniento* de Lizardi (1816) elabora un universo narrativo bien detallado de su funcionamiento y sus códigos. A su vez, tanto Jean Franco (1983) como Juan Pablo Dabove (1999) analizan las implicancias narrativas, sociales y económicas de estos lugares periféricos y marginales.

10 Es interesante la crítica que hace Lizardi en boca de un francés sobre las prácticas del paseo en coche que realizan preferentemente las mujeres: “[...] Y creo que hay personas que duermen en coche, y hacen vida maridable en coche, y paren en coche; quizá por eso les acomoda tanto [...]” (Nº17, tomo II, 1813).

11 En relación a lo dicho, se destaca el diálogo entre Toribio y Juanillo, en el que hablan específicamente de uno de los números del diario *El Pensador Mexicano* de Lizardi, al tomar la postura de nuestro escritor como modelo a seguir: “Era bueno también que, como anunció el Pensador, se obligara a los introductores de víveres a venderlos públicamente en las plazas de esta ciudad, sin valer la excusa de los usureros y monopolistas que viven consignados a sujetos particulares” (Nº6, tomo III, octubre de 1813).

conocimientos a su interlocutor, lo ayuda a ver aquello que la ciudad oculta. En el periódico de nuestro escritor sobresalen conversaciones entre miembros de una familia, estipulando una diferencia de roles que no está ligada específicamente a parámetros económicos o políticos, sino a distinciones en relación a la experiencia vital y de edad de los participantes. Sin embargo, el que educa o imparte conocimiento no es siempre el mismo hablante. Tal es el caso de Juanillo y su tío Toribio que realizan una “transacción cultural” según las experiencias y conocimientos que adquieren con el correr de los números del periódico. Cada charla genera una retroalimentación de sus hablantes que los enriquece no sólo a ellos, sino también al periódico que les da vida y enmarca. Fernández de Lizardi suele introducir estos diálogos como la repercusión en el pueblo de aquellos hechos que acontecen en el trajín cotidiano. Así, cada intercambio familiar contribuye a conformar la *comunidad imaginada* (Anderson, 2007) de esta ciudad, en miras a modificar su forma de vida opresiva.

El procedimiento que elabora este publicista consiste en crear “ficciones familiares” con el objetivo de modificar la vida pública y se liga al concepto de ciudadano que se maneja en los albores de las independencias de Hispanoamérica. Este concepto, señala Guerra, mezcla y confunde los conceptos de “ciudadano” y “vecino”. No está claro para principios de 1810 que el ciudadano sea un individuo desligado de sus pertenencias comunitarias. Los hombres de esta época piensan la sociedad constituida por comunidades, siendo la familia la primera de todas. Debido a ello, la importancia del espacio urbano se vuelve esencial: “En cierta manera, la nación moderna es concebida como una vasta ciudad. Por tanto, muchos de los atributos del ciudadano remiten, generalizándolos y abstrayéndolos, a los del vecino” (Guerra, 2002: 47).

La imbricación de los conceptos de “ciudadano” y “vecino” nos permite observar el cuestionamiento específico llevado a cabo por Lizardi en relación con la familia criolla. Este publicista se centra en una familia (Toribio y Juanillo) que sufre la crisis política-económica acaecida en la ciudad. A causa de ella, Toribio pierde sus ganancias y debe rehacer su vida junto con su esposa e hijas (que presenta como “grillos” que reclaman su manutención -332-); Juanillo no sufre penurias económicas, pero sí político-culturales (reniega tanto del accionar corrupto de los gobernantes gachupines, como de la falta de sentido de comunidad de los criollos). Entre ellos se elabora un diálogo que busca reformar las bases de la familia criolla como representante de la sociabilidad urbana. Ambos hablantes se presentan dispuestos a modificar su forma de vida aunque los roles dentro del plan se diferencien según la edad de cada uno: mientras que Toribio idea el cambio y lo sostiene a partir de su publicidad, Juanillo lo materializa, lo lleva a cabo a través de sus acciones. De esta forma se observa cómo la crítica feroz hacia el sistema de moda de los criollos, fieles imitadores de tendencias extranjeras, lleva a Toribio a proponerle a su

sobrino que se “saque la chaqueta”, que es un “mueble muy costoso y despreciable para los pobres y un adorno inútil que no se pueden costear” (186). Esta propuesta genera en su sobrino un cambio de vida, ya que transforma su apariencia al vestirse como payo y proponerle a su tío que lo acompañe a vivir al campo donde podrá cambiar su fortuna y salir de la “cárcel urbana” que tanto lo trastorna.

Para el joven Juanillo, el campo representa la libertad y la prosperidad por sobre el sistema degradado de signos urbanos que oprime a sus habitantes. Esta “arcadia” (de carácter rural) que vislumbra el personaje, dialoga y critica la arcadia letrada o arcano sobre la que se construyó la *ciudad burguesa criolla* (Romero, 2005). De hecho, esta comunidad externa al ámbito urbano (constituida por insurgentes, según la mirada de Lizardi) es la primera que le consulta por su identidad al preguntarle “¿quién vive?”, además reconoce sus méritos y lo integra rápidamente en sus filas.¹² Sin embargo, la bienvenida comunitaria por parte de los insurgentes no termina de satisfacer los deseos económico-sociales de Juanillo, quien pretende el ascenso veloz dentro de esta organización sólo por su condición de criollo urbano y culto. Frente al estancamiento, Juanillo regresa a la ciudad que lo oprime pero que habilita los movimientos económicos dentro de su trazado.

Más allá de la mirada “pródiga” presentada por Juanillo, se destaca el trabajo de Fernández de Lizardi sobre la mirada de la ciudad, propia de un extranjero. De esta forma elabora el plano público que cuestiona a la Ciudad de México no ya desde su seno familiar, sino desde la perspectiva de un europeo que se topa con el trazado urbano y reflexiona sobre su configuración y habitantes. Se observa en este plano el diálogo entre un francés y un italiano. Ambos critican el funcionamiento decadente del sistema urbano y la disgregación de los mexicanos que desean la “patria” sin respetar el “paisanaje”.¹³ Rescatan la belleza de la ciudad, pero denigran la pobre arquitectura de la misma, la prevalencia de la oscuridad en cada rincón de la urbe y la superficialidad de los criollos que actúan como “monos” de Europa al imitar sus modas y estilo de vida. Al respecto, dice el francés: “[] aún hoy que estamos en guerra con los españoles, no se desdeñan éstos de imitarnos; y lo mismo son los americanos [] España es el mono de Francia y la América el mono de España [...]” (259).

12 Se transforma en escribiente de los insurgentes, en letrado del proceso de emancipación gracias a su educación (“Suplemento al Pensador Mexicano”, tomo II, 29/11/1813, página 356).

13 Al respecto, el francés sostiene: “Los americanos se precian de muy amantes a su patria; pero son muy desamorados con sus paisanos [...] el paisanaje no influye en nada en el corazón de aquellos egoístas [...]”. Fernández de Lizardi, José Joaquín, *El Pensador*, n°18, tomo II, 1813, p. 271.

Sumado al diálogo mencionado, y como marco de dichas miradas externas a la ciudad, se observa el *diálogo de muertos* entre la sombra del conde Revillagigedo y un Macero. Esta conversación se erige como contracara del accionar tanto de los gobernantes españoles como de la propia *ciudad letrada* al mostrar la tristeza desmedida del anterior Virrey de la Nueva España¹⁴, causada por la decadencia de dicha ciudad. La descripción que realiza el Macero tiende a presentar el espacio urbano como un gran pantano donde uno debe “[...] andar con mucho cuidado para no pisar en blandito” (545). Cada aspecto que menciona (falta de alumbrado público, de seguridad, de higiene, crecimiento desmedido de holgazanes, ebrios y encuerados) llena a la urbe de ignominia y desolación. La tristeza del conde se convierte, sin embargo, en deseo reformador del accionar humano. El plan que propone el conde conlleva el castigo de los excesos dentro del circuito urbano. El criollo escucha al antiguo Virrey, asiente y acepta entusiasmadamente. Esta esperanza de reforma representa un atisbo de luz dentro de la oscuridad que recubre la ciudad, una salida posible al encierro que representa el “pantano urbano”. La salvación se presenta unida a la educación de los habitantes mediante la regulación justa de sus acciones dentro del mapa urbano. Para Lizardi, la salvación se encuentra dentro de la ciudad misma y depende de la voluntad y las acciones de sus miembros el materializarla. En tanto, el cambio propuesto requiere de un “acuerdo entre partes”. Esta negociación, según lo que se ve entre el Virrey y el Macero, consta de la participación del funcionario español y del ciudadano criollo.

Las series de diálogos analizados con sus particulares recorridos urbanos evidencian la decadencia de la Ciudad de México. Al respecto, Fernández de Lizardi realiza una lectura ética de dicha caída al representar el espacio urbano como un pantano donde los habitantes se sienten inseguros de caer en el abismo del vicio o de ser atrapados en las redes de la corrupción político-comercial. Para reforzar este constructo ético-metafórico, este escritor se vale del recurso de animalización de los ciudadanos corruptos que nomina como “polillas” y “monos”. Estos animales representan el peligro político-económico para la ciudad al devorar los bienes y riquezas de sus habitantes (como es el caso de los comerciantes monopolistas) o al imitar conductas extranjeras de manera superficial (como es el caso de las mujeres y su obsesión por la moda europea o la *ciudad letrada* y su deseo de continuar ligada al sistema colonial español). Para evitar la caída de la ciudad, el *pensador mexicano* propone enmendar las conductas y publicitar las acciones. La humanización de

14 El mismo ejerce el cargo de Virrey de la Nueva España desde 1746 hasta 1755. Favorece la comercialización del virreinato y expande sus fronteras.

las acciones animales sólo puede darse a través de la utilidad del ser humano para con su comunidad.

Coda: ¿La región más transparente del aire? Peripecias de la mirada secularizada

Cuando los creadores del desierto acaban su obra, irrumpe el espanto social.
Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac* (1519)

Los diálogos que crea Fernández de Lizardi revelan el caos que anuncia el fin del sistema colonial y la necesidad imperiosa de un cambio político y económico. Se amparan dentro de la libertad de prensa que instaura la Constitución de Cádiz (1812). La misma decreta y considera a esta libertad como un derecho político al mismo tiempo individual y universal¹⁵. Se genera así un proceso inédito de publicidad alentado por la desaparición del rey y la creación de nuevos poderes (Junta Central, Regencia, Cortes) (Lempérière, 2008: 71). La publicidad se utiliza para finalidades novedosas tendientes, en su gran mayoría, a presentar una postura crítica en relación con el accionar político de los gobernantes. Sin embargo, dicho proceso de autonomía de la opinión tuvo en el espacio hispanoamericano un funcionamiento híbrido: “[...] el nuevo orden de la publicidad vio coexistir y mezclarse constantemente las antiguas finalidades de la información útil a la ‘causa pública’ [...], las metas reformadoras y educativas de los ilustrados y la invocación de la opinión soberana, tribunal de las autoridades establecidas” (Lempérière: 72).

Esta mezcla de funciones y finalidades del uso de la opinión pública influye en la concepción del modelo ético construido por Fernández de Lizardi. Para este publicista, este espacio público “se instituye como un reino de transparencia enfrentado al ámbito de la oscuridad de los sujetos particulares, en el que se incluye a los funcionarios coloniales” (Palti, 2005: 70). De esta forma, Fernández de Lizardi escribe en vistas a erigir y validar un modelo ético en la sociedad mexicana, población que cuestiona los valores que le ha inculcado la Metrópoli a lo largo de los años.¹⁶ El presente se vuelve confuso y caótico para los ciudadanos de México. No se quiebra de raíz la “cultura pública tradicio-

15 En palabras de Annick Lempérière: “Dentro del nuevo orden jurídico, cada uno podía no solamente publicar su opinión, sino pretender que se trataba de la opinión del público” (1998: 71).

16 Al respecto, es muy interesante la visión de Elías Palti en relación con el peregrinaje de Lizardi como predicador de valores éticos perdidos tras la desaparición de la estructura monárquica en España (2005).

nal” propia del Antiguo Régimen, pero se produce una resemantización del concepto de “público” y del accionar cívico del mismo.

Frente a dicho panorama, este escritor se siente responsable de mostrar la Verdad. Ella se le presenta constantemente como elegía, tomando forma humana. Sin embargo, no es el único valor que se corporaliza ante sus ojos, ya que la Experiencia y la Justicia se topan en su camino y lo guían en un recorrido novedoso por la ciudad. No es menor el hecho que estos valores se hagan presentes de noche e irrumpen los sueños de Lizardi transformando su reposo en pesadilla. El propósito de dichas apariciones se liga a publicitar aquellos vicios humanos y excesos que malogran el trazado urbano al disponerse como obstáculos del caminante. La mirada puesta sobre estos obstáculos implica necesariamente su posterior denuncia pública. Así, la escritura deviene en un ejercicio de lectura de la ciudad hecha texto y la revelación de sus secretos recovecos. El quehacer de este publicista consiste en “leer de forma insurgente” (Barrera Enderle, 2010) los aspectos ominosos obliterados por el discurso oficial y homogéneo de la *ciudad letrada*. De esta forma, el momento del día en el que aparecen estos valores, el tipo de lectura rebelde que ejecuta Fernández de Lizardi y los recorridos particulares que juntos realizan pueden ser entendidos como un proceso de lectura innovadora, fundacional, que conlleva una secularización de la mirada del paseante.

El proceso de secularización de la mirada del escritor-paseante urbano no se homologa al trajín cotidiano de cualquier caminante que atraviesa la Ciudad de México. Los recorridos que éste realiza son forzados e impuestos por valores éticos y generan insatisfacción en el escritor. Es así que le dice a la Verdad: “[...] no me llevéis de ronda, porque os aseguro que no tengo valor para coger un perro de la cola, cuanto menos para ser corchete de semejantes espantajos [...]” (467). “Ir de ronda” implica realizar un paseo que rodee a la ciudad, que la aprehenda a través del muestreo de sus vicios monstruosos. Este recorrido conlleva la peripecia de alejarse del modelo de lectura dado por los árcades letrados. Sin embargo, la mirada distanciada del “recinto sagrado de los signos”, la aproximación a la vida de los rincones, que propone Fernández de Lizardi, no deja de tener matices imaginarios. El encuentro (o choque) que tiene este escritor con los habitantes de la ciudad y sus prácticas se ve mediado por la escritura y por su imaginación.

La lectura de Fernández de Lizardi implica una negociación entre el espacio que otorga la opinión pública y su labor como publicista en torno no ya a qué mostrar, sino cómo hacerlo sorteando las vallas impuestas por el sistema inquisitorial de censura. Las *controversias de la modernidad* que se prefiguran en dicho momento histórico y en el espacio Hispanoamericano, le permiten a nuestro escritor cuestionar la mirada oficial sobre la Ciudad de México. Este cuestionamiento se aleja de la visión extranjera sobre el territorio de Anáhuac

para presentar la materialización de la lectura del espacio urbano. Es el gesto rebelde de refundar la ciudad a través de una escritura que utilice la imaginación en colaboración con una mirada secularizada del centro de poder “sagrado-escriturario”. Es la necesidad de irrigar el desierto urbano (sobre el que se ha erigido la ciudad colonial y el discurso de la *ciudad letrada*) de voces del pueblo que lo habiten y reformulen.

El proceso de desecación de la ciudad colonial mexicana luego de la conquista de la misma, trajo aparejada la sequía de participación político-ciudadana y el silenciamiento del pueblo. La escritura que propone Fernández de Lizardi pretende irrigar el espacio público de un carácter “polivocal” (Adorno, 1987). Este carácter discursivo se piensa necesario para generar la conciencia de cambio y la consecuente construcción de una autonomía político-social americana. Ambos factores son esenciales para la búsqueda de libertad por parte de los ciudadanos americanos que se sentían oprimidos por un sistema colonial decadente.

Bibliografía

ADORNO, Rolena

- 1987 “La ciudad letrada y los discursos coloniales”, en *Hispanérica*, vol. XVI, núm. 48, diciembre, pp. 3-24.

ANDERSON, Benedict

- 2007 *Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica (1983).

COLOMBI, Beatriz

- 2009 “Diálogos de la independencia”, en Noé JITRIK (comp.): *Revelaciones imperfectas. Estudios de la literatura latinoamericana*. Buenos Aires: NJ Editor.

DABOVE, Juan Pablo

- 1999 “Espejos de la ciudad letrada: El ‘arrastraderito’ y el juego como metáforas políticas en *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi”, en *Revista Iberoamericana*, vol. LXV, enero-marzo, pp. 31-48.

ENDERLE, Víctor Barrera

- 2010 *Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)*. México D. F.: Universidad Autónoma de Nuevo León.

ENNIS, Juan Antonio

- 2010 “La diferencia criolla: lengua e imaginación urbana”, en Enrique FOFFANI (ed.): *Controversias de lo moderno. La secularización en la historia cultural latinoamericana*. Buenos Aires: Ediciones Katatay.

- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, Joaquín
1968 *El pensador mexicano*, en *Obras III - periódicos*. México: UNAM.
- FRANCO, Jean
1983 “La heterogeneidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana”, *Hispanamérica* núm. 34-35, abril-agosto, pp. 3-34.
- FOFFANI, Enrique
2010 “Introducción”, en *Controversias de lo moderno. La secularización en la historia cultural latinoamericana*. Buenos Aires: Ediciones Katatay.
- GLANTZ, Margo
1992 “Ciudad y escritura: la Ciudad de México en Las Cartas de relación de Hernán Cortés”, en *Borroneos y borradores*. México: UNAM (Cervantes virtual).
- GUERRA, François- Xavier
1999 “El soberano y su reino. Reflexiones sobre la génesis del ciudadano en América Latina”, en Hilda SÁBATO (coord.): *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. México D.F.: Fideicomiso Historia de las Américas-FCE.
- 2002 “‘Voces del pueblo’. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)”, en *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 225, pp. 357-384.
- HEFFES, Gisela
2008 *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- LEMPÉRIERE, Annick
1998 “República y publicidad a finales del Antiguo Régimen (Nueva España)”, en François-Xavier GUERRA y A. LEMPÉRIERE (coords.): *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*. México: FCE.
- 2008 “Hombres de letras hispanoamericanos y secularización (1800-1850)”, en Jorge MYERS (ed.): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz Editores.
- LUDMER, Josefina
2000 *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Libros Perfil (1988).
- MONTELEONE, Jorge de
2006 “La invención de la ciudad: Evaristo Carriego y Baldomero Fernández Moreno”, en Noé JITRIK (dir.): *Historia crítica de la literatura argentina. La crisis de las formas*. Buenos Aires: Editorial Emecé.

OZUNA CASTAÑEDA, Mariana

- 2006 “Los moldes literarios en la prensa, dos casos: las conversaciones de Payo y el Sacristán y del Gallo Pitagórico. Una modesta propuesta desde la teoría de los géneros”, en Celia DEL PALACIO MONTIEL (coord.): *La prensa como fuente para la historia*. México: Editorial Porrúa.

PALAZÓN MAYORAL, María Rosa

- 2006 “Una bella persona utópica”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *El laberinto de la utopía, una antología general*. México: UNAM, Fondo de Cultura Económica.

PALTI, Elías

- 2005 *La invención de una legitimidad*. Buenos Aires: FCE.
- 2008 “Tres etapas de la prensa política mexicana del siglo XIX: el publicista y los orígenes del intelectual moderno”, en Jorge MYERS (ed.): *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz Editores.

RAMA, Ángel

- 1984 *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.

REYES, Alfonso

- 1991 “Visión de Anáhuac (1519)”, en *Última tule y otros ensayos*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.

ROMERO, José Luis

- 2005 “Las ciudades criollas”, en *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.